

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XIII

DIRECTOR PROPIETARIO:

RAMON BLANCO ROJO

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia 50 céntimos al mes. Fuera 2 pesetas trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victoria, 53

COLABORADORES:

TODOS LOS SUSCRIPTORES NÚM. 577.

MURCIA 19 DE MAYO DE 1901.

La Juventud Literaria

HISTORIETA

Enrique, en virtud del amor que profesaba á Margarita, sintió aspiraciones que consideró realizables, aprovechando el esclarecido talento de que era poseedor. En su consecuencia marchó de la aldea que le vió nacer, no sin antes prometer so'ennemente á Margarita en tierna despedida, casarse con ella en cuanto lograra sus propósitos.

Eligió la carrera de medicina, y una vez que la terminó con suma brillantez, conocedor de los últimos descubrimientos y grandes innovaciones en cuyos ensayos había obtenido legítimos triunfos, nada más justo que regresar al lado de Margarita, de la mujer encantadora más amada cada día, que estaría esperándole ansiosa de cariño.

Un mes hacia que Enrique carecía de noticias suyas, y no sabía á que atribuirlo. Tenía confianza en su cariño, y por tanto no podía ni aun suponer la existencia de un rival más afortunado. ¿Qué pensar pues de tal silencio? Lúgubros ideas, siniestros pensamientos le hicieron más de una vez sonrojarse y palidecer. En semejante situación, el regreso se imponía. Además, á Margarita había prometido hacerla suya en cuanto adquiriera posición social encumbrada, y como amante y caballero debía cumplir la promesa.

Con la imaginación remozada ante la presencia del árbol que vió nacer; del paseo que frecuentó; de la fuente de que gustaba beber, y en fin, de todo aquello que en su infancia le acompañó, llegó á la al-

dea ávido de ver á la mujer que cuando niña fué su única amiga, y al ser hombre la que gozó de su predilección amándole con locura.

Con el corazón henchido de gozo caminaba presuroso en busca de la que iba á hacer su esposa. ¡Qué largos son los minutos, qué pesado el tiempo cuando después de una larga ausencia se vá á ver á un ser querido!

Enrique no andaba, corría en dirección á la casa en que sostuvo el tierno coloquio y oyó la amorosa queja. Sus fuerzas sostenidas y aumentadas por ardiente cariño le hacían caminar más deprisa. Ya alcanzaba su vista la silueta de la casa; unos minutos más y estrechaba la mano de Margarita.

Cuando llegó al piso en que habitaba Margarita, la puerta se hallaba entornada, la empujó y entró sin ser visto, dirigiéndose á un gabinete en el que reinaba silencio profundo. Este gabinete alumbrado por una luz muy débil, tenía comunicación con una alcoba en cuyo fondo se destacaba un lecho que ocupaba Margarita. Una hermana de la caridad la acompañaba. La conversación que afablemente sostenían, fué interrumpida por la brusca entrada de Enrique, que pensando con pesimismo había salvado con asombrosa rapidez todas las distancias. Al acercarse al lecho, cayó de rodillas dirigiendo una mirada mezcla de asombro y ternura á Margarita, que con rostro pálido y triste mirada al reconocerle le alargó sus manos exclamando con débil pero entusiasta acento: ¡mi Enrique! y efecto de la fuerte impresión recibida, se desmayó.

La escena que siguió al desvanecimiento de Margarita, fué interesante y conmovedora. Afectadísimo Enrique por el inesperado y desagradable suceso que á su llegada tu-

vo lugar, precisamente cuando esperaba la realización de su ideal, digna coronación á sus afanes y desvelos, contempló en un principio con desesperación y dolor á Margarita, mas respondido después, acudió á ella con tal solicitud, que se notó en la enferma una reacción favorable, tanto, que no tardó en iniciarse una mejoría que aunque obró lentamente fué tan visible como notable, conduciendo á la enferma á estado de perfecta salud.

En el presente caso no solo honró sus profundos conocimientos que le enaltecieron una vez más, si no que satisfizo á su cariño que halagado por éxito franco se sintió orgulloso.

Casados ya, Margarita notó bien pronto que el placer de que se disfrutaba al dispensar una caricia, tiene por complemento esencial, el recibimiento y la correspondencia que á la caricia se le otorga.

El recibimiento y la correspondencia que Margarita obtuvo en sus caricias, fué poco á poco siendo frío y obligado, y esto mortificaba cruelmente su amante corazón, que henchido de ternura apetecía atenciones y halagos, que Enrique se cuidaba muy poco en prodigar, merced á las lucubraciones científicas á que se entregaba con entusiasmo creciente y que le tenían totalmente absorbido.

Llegó un día en que Enrique hizo una operación difícil y arriesgada que tuvo un término feliz.

Los compañeros y los hombres de ciencia alababan la habilidad del cirujano estudioso, que fué considerado como una gloria nacional.

Cuando llegó á su casa satisfecho y profundamente conmovido por tanto homenaje y pláceme recibidos, Margarita se arrojó llorando en sus brazos:

—Lloras de alegría ¿verdad?

—No Enrique mío, de sentimiento, porque tengo envidia, mucha envidia de la ciencia.

Y este grito del alma, halló eco en el corazón de Enrique, que desde aquel día acarició más á su mujer que á la ciencia.

EMILIO BELMAR.



BAJO LA PARRA

«Dime que me quieres
que yo me lo crea,
morena del alma: dime que me quieres
aunque no me quieras.

Así dijo el mozo
destilando penas,
con los ojos tristes, con la voz de llanto
con la boca seca.

Y el amargo dejo
de la copla aquella,
turbó la algazara, reinó en el silencio
de la alegre fiesta.

Las risas se ahogaron:
se impuso la pena!...
Solo la guitarra comenzó la copla,
con una «falseta».

De amores y olvido
surgió la pelea:
la lira fué al patio que cubre la parra
de fruto repleta.

Ligeros murmullos
ahogaron la tierna
voz de la guitarra que siguió la lucha,
con gratas cadencias.

Y aceptando el reto
cantó la morena,
aon la vista roja, con la voz de rabia,
con el alma negra.

«Antes de quererte.
me habrás de ver muerta;
si yo no me mato, será que me muero
de tanta vergüenza.

La lucha fué á muerte.
la herida... ¡qué intensa!
Hasta la guitarra crugió protestando;
¡saltaron las cuerdas!

Y en medio del corro
sin orden la fiesta,
la voz del amante lloró la perfidia,
con honda tristeza.

